

Un libro obligatorio

Hoy, cuando algunos autores apresurándose por narrar hechos recién acaecidos escriben doscientas paginas en dos semanas y tienen el impudor de publicarlas, cuando las novelas de moda se publicitan con gigantografías en los traseros (de los buses) como si el tamaño de la foto quisiera cubrir lo diminuto de la obra, es alentador leer un libro que, en muchos sentidos, al autor le ha tomado una vida de reflexión.

Me refiero a "*Left Behind*" de Sebastián Edwards. Editorial Norma ha publicado una traducción: "Populismo o mercados: el dilema de América Latina". Y como "*nadie es profeta en su tierra*", mientras en Estados Unidos "*Left Behind*" integra la lista de los más vendidos del New York Times, en Chile la traducción se mueve con mayor silencio. El título en inglés es definitorio y dice las cosas como efectivamente las ve el autor: significa "dejados atrás", subliminalmente, dejados atrás sin vuelta.

¿Quién ha sido dejado atrás? Los pueblos al sur de Río Grande y especialmente sus más pobres habitantes, que huyen por millones de la pobreza de América Latina hacia Estados Unidos, buscando mejor vida. En castellano, en cambio, el título flirtea con la esperanza porque habla de dilema; no todo estaría dicho. Pero aquí viene la tesis de Edwards, que no por nada es un fiel practicante de la alguna vez llamada "ciencia triste". Él piensa que esos dilemas ya fueron y que en la mayoría de las bifurcaciones, los caminos seguidos por los gobiernos de América Latina han cimentado el retraso y la pobreza.

Desde luego, Edwards no es el primero en decir que América Latina ha sido dejada atrás. Hace 40 años Eduardo Galeano publicaba "las venas abiertas de América Latina", todo un súper ventas que con 21 ediciones perdura hasta hoy. Pero mientras en Galeano la culpa del retraso recae en "los otros", en los conquistadores, los europeos, los norteamericanos, las transnacionales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en Edwards la culpa es de los propios gobiernos: el populismo desenfrenado, el proteccionismo, la regulación excesiva y el escaso desarrollo de los principios más elementales del derecho de propiedad y del imperio de la ley. Galeano escribió su libro cuando tenía 30 años y en él se respira todavía adolescencia, una enfermedad que dicen se pasa con los años pero que, a juzgar por los comentarios a las nuevas ediciones, a Galeano aún no se le quita. Edwards escribe el suyo a los 58 y quizás por ello trasunta en la lectura la mirada madura de quien percibe que la realidad no se explica con un modelo, que la disciplina económica, aunque proficua, no lo explica todo, que la historia importa y que el mundo no está dividido en buenos y malos. Bienvenidos a la edad adulta.

El libro contiene una mirada integrada al desarrollo y por lo mismo poco usual en economistas: aquí la historia, las instituciones y la cultura importan, afectan al sistema económico y a su vez éste las afecta a ellas. El autor expone hipótesis y teorías alternativas para distintos hechos; a veces adopta posiciones definitivas, pero en muchas otras prefiere no ofender la inteligencia del lector con la razón bruta que, como alguna vez dijo Wilde, es como un golpe bajo al intelecto. Lo inquietante del

libro es su tesis principal: América Latina no está bien, y con la excepción de Chile, Dios le oiga, los demás países seguirán rezagados. Los diagnósticos "oficiales" han estado errados; la culpa de los problemas no son la reformas de mercado de los noventa sino lo poco profundas que fueron, y en particular las desalineaciones cambiarias. En definitiva, sin perjuicio de las discrepancias, inevitables en una obra que abarca tantos temas, se trata de un libro obligatorio, único y oportuno. Y no fue escrito en dos semanas, ni el autor ha precisado de gigantografía alguna.